



El buen negocio de los proyectos 'verdes'

Los bonos climáticos tienen posibilidades de dotar de autonomía a los países y a las instituciones.

El cambio climático ya está causando estragos en el mundo en desarrollo. En Vietnam, por ejemplo, los desastres naturales, algunos de ellos exacerbados por el cambio climático, han causado pérdidas anuales equivalentes al 2 por ciento de su PIB. En los países dependientes de la agricultura, como Etiopía, unas sequías más largas e inundaciones más frecuentes amenazan medios de subsistencia y suministros alimentarios.

Cuando la comunidad internacional se prepara para la Conferencia de las Naciones Unidas sobre el Cambio Climático, que se celebrará en París en diciembre, la determinación y racionalización de las fuentes de financiación para la lucha contra el cambio climático deben ser una prioridad máxima. Los bancos de desarrollo, como el Organismo Francés de Desarrollo (AFD, por sus siglas en francés), están en buenas condiciones para hacer contribuciones. Para empezar, los bancos de desarrollo pueden financiar proyectos que beneficien al desarrollo y al medioambiente a la vez. El calentamiento global es ahora un factor decisivo a la hora de planificar un proyecto de desarrollo. Por ejemplo, los efectos del cambio climático pueden constituir riesgos graves para las infraestructuras: riego agrícola, transporte público o casi cualquier otro. Entretanto, el recaudo de ingresos casi siempre entraña un consumo mayor de recursos naturales y energía, cuya consecuencia es más emisiones y un mayor calentamiento.

Semejantes vínculos entre el calentamiento y el desarrollo explican por qué el Gobierno de Francia exige que al menos el 50 por ciento de la financiación facilitada por la AFD vaya dirigida a proyectos de desarrollo que también tengan un efecto positivo en el medioambiente. Ejemplos de ello son los parques eólicos de Etiopía, una mejor gestión de los bosques en Madagascar, planes nacionales sobre el clima en Indonesia y Vietnam y un transporte urbano limpio en Colombia.

Los bancos de desarrollo pueden desempeñar también un papel clave en la formulación de instrumentos financieros que permitan a la inversión privada contribuir a la lucha contra el cambio climático.

Aunque entre las fuentes potenciales de financiación de un desarrollo inocuo para el clima figuran fondos de pensiones, compañías de seguros, fundaciones y fondos soberanos de inversión, lo que con frecuencia faltan son mecanismos para velar por que se encaucen las inversiones hacia proyectos eficaces y bien orientados. Y los bonos



‘verdes’ (o ‘climáticos’) son una solución. Estos instrumentos tienen las características de los bonos tradicionales, pero están respaldados por inversiones que contribuyen al desarrollo sostenible o la lucha contra el cambio climático. Hasta hace poco, solo unos pocos gobiernos u organizaciones, incluidos el Banco Mundial, el estado americano de Massachusetts y la región francesa de Île de France, emitían bonos verdes y las cantidades comprendidas eran modestas, pero en los dos últimos años han entrado en el mercado otros copartícipes y los volúmenes se han disparado. En el 2014, las emisiones de bonos verdes superaron el total de todos los años anteriores combinados. De hecho, la demanda está superando a la oferta. Todas las ofertas más recientes de bonos se han cubierto de sobra y es probable que esa tendencia siga. El sector de los seguros se ha comprometido a duplicar sus inversiones verdes, hasta en 84.000 millones de dólares, de aquí al final del 2015, y en septiembre pasado tres importantes fondos de pensiones de Norteamérica y Europa anunciaron planes para aumentar sus participaciones en inversiones para proyectos con escasas emisiones de carbono por más de 31.000 millones de dólares de aquí al 2020. Al ampliarse el mercado de esos bonos, deben estar mejor etiquetados y certificados. Hoy no existen normas armonizadas. La calidad de los activos que respaldan los bonos depende de la buena voluntad y las aptitudes técnicas de los emisores. Hay que formular orientaciones y métodos de calificación específicos. La reciente decisión de una coalición de inversionistas institucionales de medir y revelar la huella del carbono de al menos 500.000 millones de dólares en inversiones es un paso adelante.

En septiembre, la AFD emitió mil millones de euros (1.200 millones de dólares) en bonos climáticos, uno de cuyos objetivos es contribuir al desarrollo de normas de calidad. Con ayuda de un importante organismo que calificaba la responsabilidad social de las empresas, proporcionamos a los inversionistas datos sólidos sobre las repercusiones de la cartera en las emisiones de gases que provocan el efecto de invernadero. De hecho, los proyectos financiados por dichos bonos debían cumplir criterios rigurosos, con un análisis previo de su huella de carbono, prueba de un efecto importante en el cambio climático y una formulación armonizada con las estrategias de los participantes locales y los países. Los bonos climáticos tienen posibilidades de dotar de autonomía a los países y las instituciones a medida que avancen con miras a cumplir los compromisos de reducir las emisiones de CO₂. Sin embargo, para que sean eficaces, requerirán orientaciones claras y un marco de evaluación confiable. Cuando los dirigentes de países e instituciones de todo el mundo se preparan para reunirse en París, en diciembre, una de las prioridades máximas debe ser la de conseguir la financiación adecuada.

ANNE PAUGMAN

Directora gerente del Organismo Francés de Desarrollo (AFD).

© Project Syndicate

París. Diario El Tiempo, 17 de Mayo de 2015. Página 6.